

Papeles del
450 aniversario

nº 4

Colegio Ntra. Sra. de los Infantes

9 de mayo 1557 a 9 de mayo de 2007

LA FIESTA DEL OBISPILLO

Esta fiesta venía a ser el inicio de los alborozos populares de la Navidad.

Estaba vinculada a la conmemoración de San Nicolás, 6 de diciembre y antes del siglo XVI lo había estado a la de San Eugenio, primer arzobispo de Toledo.

Aunque la fiesta parece que fuera especial para niños, revestía una notable seriedad. Todo estaba hecho según unas formalidades propias de los adultos.

Elección del obispillo:

En el día de San Nicolás por la mañana, el escribano de clerizones mandaba poner a las espaldas del coro, unos asientos para el cabildo y otro escaño destacado para el futuro obispo y sus clerizones y junto a ellos un púlpito. El escenario se cubría con un telón en forma de nube. Acabada la hora de Prima, iba el cabildo en pleno a dicho lugar y uno de los maestros pronunciaba un largo sermón de contenido académico. Luego los clerizones decían sus coplas y al terminar aparecía en la escena un correo que traía la elección del nuevo obispo. Su llegada producía un notable revuelo: se tiraban monedas al aire y enseguida llegaban las bulas del Santo Padre de Roma. El socapiscol y los cantores entonaban el himno “Veni Creator”. Acabado el primer verso de la invocación al Espíritu Santo, se rasgaba la nube, se tiraban cohetes y de la nube descendían dos niños vestidos de ángeles. Éstos traían en su mano un bonete, en el bonete venía una tarjeta,

y en la tarjeta el nombre del elegido. La expectación alcanzaba su máximo nivel entre la tropa infantil, cuando la tarjeta era entregada al predicador y éste desde el púlpito proclamaba solemnemente el nombre del obispo de San Nicolás de aquel año. Aunque no lo dice, tal vez se trataba del más destacado como estudiante y con mejor comportamiento a lo largo del curso.

A partir de este momento, el elegido tenía consideración de obispo a todos los efectos. Se procedía a revestirlo con las insignias de su nueva dignidad. Se entonaba el “Te Deum” en acción de gracias. Comenzaba una procesión por las naves de la Catedral: precedían los capellanes, seguían los racioneros y finalmente los canónigos y dignidades. En la cabecera de la procesión se situaba el obispo presidiendo con dos clerizones que actuaban de caballeros. El obispo se arrodillaba ante el altar de la Virgen Blanca, besaba la cruz e impartía la bendición a la multitud. Ocupaba la silla del deán o del arcediano de Toledo durante la misa. Durante su mandato tenía asignada una paga igual a la de un racionero. La ceremonia del obispillo fue prohibida en un concilio de Toledo posterior a Trento.

Su cargo duraba hasta el 28, día de los Inocentes, donde culminaba con una representación cargada de ese humorismo medieval, que se complace en ver las cosas humanas por su lado irónico y jovial, poniéndolo todo patas arriba. El obispillo asumía el mando el día de los Inocentes y venía a ser el jefe de la Catedral por un día.

El día de los Inocentes se iniciaba con las órdenes muy mañaneras que impartía el obispo de San Nicolás, como también se llamaba al obispillo. Lo primero, asignaba oficios a los que habían de intervenir en las ceremonias del coro y de la misa. Algunos son: pertiguero del cabildo, portadores de los ciriales, mitra, llevar el libro, etc. En vísperas el obispo tomaba asiento en la silla arzobispal. Las dignidades, canónigos y racioneros abandonaban sus asientos altos y descendían a las sillas bajas, mientras los clerizones ocupaban las altas: el obispo presidía diciendo el “Dominus vobiscum” y la oración.

Los canónigos iban vestidos sólo con roquete o sobrepelliz, mientras los clerizones portaban las capas de seda. Así se celebraban la procesión, la misa y las horas mayores.

Todo concluía por la tarde cuando, acabadas las segundas vísperas de los Inocentes, el obispillo subía a la tribuna de la epístola y allí ante todos se desnudaba de los atuendos y atributos de su dignidad. En ese momento finalizaba su misión y sus competencias. Todo volvía a la rutinaria normalidad hasta el año siguiente.

Aparentemente, la tradición del obispillo era un juego, pero muy en consonancia con el espíritu de la Navidad y tras él se escondían fuertes valores educativos. Se señalaba a los alumnos de la escuela que podían ascender si perseveraban en el estudio y la disciplina y se subrayaba de un modo cómico el lado chusco de la vida.

Pero la fiesta del obispillo también se prestaba a ciertos inconvenientes: a la pérdida de la seriedad, a las faltas de respeto al templo. Las aglomeraciones de gente fueron la causa de que el cabildo y el cardenal Tavera en la primera mitad del siglo XVI fueran podando los detalles más chocantes de la fiesta, hasta que se prohibió definitivamente en 1565.

Bibliografía. “La Navidad en la Catedral de Toledo” de Ramón González Ruiz